

The background of the cover is a dark, almost black, surface. On it, several lit candles in small, round, metallic-looking containers are arranged in a diagonal line from the top left towards the bottom right. The flames are bright yellow and orange, casting a warm glow. The overall mood is contemplative and hopeful.

Encender la esperanza

Doce pistas
para un gran reto

Josep Maria Romaguera
María Guarch

EMANIS 184

CPL
col·lecció

La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.

Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían dos discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.

Josep Maria Romaguera
Maria Guarch

Encender la esperanza

**Doce pistas
para un gran reto**

Colección Emaús 184
Centre de Pastoral Litúrgica

Diseño de la cubierta: Maria Guarch

Fotografía de la cubierta: Fondo del CPL

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Diputació 231 – 08007 Barcelona
Tel. (+34) 933 022 235 – wa (+34) 619 741 047
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978-84-9165-702-6
Depósito legal: B 12722-2025

Printed in UE

Imprime: Ulzama digital S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Presentación (Josep Maria Romaguera y Maria Guarch).....	8
La esperanza en los orígenes cristianos (Joan Torra).....	9
Crisis de la deuda en el Sur global (Justicia y Paz).....	19
El mundo se prepara para la guerra y el papa Francisco apuesta por la esperanza (Tica Font).....	35
La esperanza ecuménica (Daniel Palau).....	45
La esperanza cristiana ante la enfermedad y la muerte (Sebastià Aupí).....	55
El perdón, una necesidad de nuestro mundo (Francesc Conesa).....	59
Los pobres, nuestros hermanos (Josep Maria Pujol).....	91
Ante la enfermedad, acompañamiento (Jenifer Jiménez; Familia Mira Ochoa; Israel Márquez).....	101

La familia, mirar al futuro con esperanza (Carme Flores y Fernando López; David Luque y Lorena Cabrera)	111
Jóvenes y esperanza (Maria Outomuro)	119
Acoger, proteger e integrar (Montserrat Lluveras)	129
A mis hermanos más pequeños (José María Carod)	137

PRESENTACIÓN

«Encender la esperanza» es una de las intenciones del Jubileo 2025. Y, a propósito del Jubileo, este libro pretende contribuir a mantener viva la llama de la esperanza más allá de este año que, como todo, pasará.

Algunos de los temas que destaca la bula de convocación del Jubileo los proponemos para la reflexión, sea con aportaciones de quienes los han estudiado a fondo, sea con testimonios de vida (y, en algunos casos, con ambas perspectivas). Los temas son estos: el propio significado del año jubilar en los orígenes y las implicaciones que tiene hoy la convocación de un Jubileo; la paz, que clama más fuerte en este tiempo de guerra; ecumenismo y su búsqueda de la unidad; el reto de afrontar la enfermedad y la muerte; el perdón que tanto necesita nuestro mundo y que Dios da en abundancia; los pobres, nuestros hermanos; la familia, escuela de vida; los jóvenes; la hospitalidad; las personas encarceladas, en el corazón del anuncio del «año de gracia del Señor» (Lc 4,19).

Al final de cada capítulo tenemos unas pistas «para la reflexión y el trabajo en grupo», como un medio, si sirve, para «encender la esperanza» (o mantener encendida su llama) en las vidas de los lectores.

Ojalá que estas páginas nos ayuden a vivir la esperanza cristiana, que «no defrauda» (Rom 5,5), reencontrándonos con «Cristo Jesús, esperanza nuestra» (1Tim 1,1).

*Josep Maria Romaguera
y Maria Guarch*

LA ESPERANZA

EN LOS ORÍGENES CRISTIANOS

El evangelista Lucas nos cuenta, en el inicio del evangelio (4,16-30), que, en la sinagoga de Nazaret, en sábado, Jesús lee un fragmento del profeta Isaías (61,1-2), ese que acaba diciendo que el Espíritu del Señor Dios lo ha enviado «para proclamar un año de gracia del Señor». Solemnemente, sentencia: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».

Sus oyentes, atorados y perplejos, se asustan. ¿Será verdad que Jesús –de quien ya han escuchado cosas maravillosas– instaurará ahora el año de gracia del Señor, es decir, el año jubilar, el año santo, el año sabático –llamémosle como queramos–? Si es así, deberán cambiar muchas cosas. ¿Lo conseguirá? Es que eso del *año santo* nunca se había conseguido llevar a cabo por más que los profetas lo habían proclamado, los sacerdotes y levitas lo habían predicado y la ley lo había regulado. Cuando se anuncia el año cincuenta (después de siete semanas de años), como es *año santo*, hay que: dejar reposar la tierra; liberar a los esclavos; proclamar la libertad a todos los habitantes del país; recobrar el patrimonio que se había vendido; condonar las deudas de todos; hay que hacer que no haya pobres entre los tuyos... Además de la cita de Isaías, que ha sido explícita en los labios de Jesús, las referencias de la Torá son impactantes, de gran calado:

del libro del Éxodo 23,10-11; del Levítico 25,1-28; del Deuteronomio 15,1-6. Son las que su auditorio tiene en la mente. Pero, por más que sea el año cincuenta, si no hay estas acciones, no será *santo*; será un año como todos los demás.

¿Por qué hay esta prescripción del año santo? Hay que volver a recordar que todo lo que Dios había hecho con la creación era muy bueno, tal y como va repitiendo el libro del Génesis (capítulo 1); no podía ser de otro modo habiendo salido de sus manos. O, si queremos decirlo desde el segundo relato de la creación (capítulo 2), Dios había puesto al hombre y a la mujer en el paraíso, un jardín maravilloso donde todo era armonía y belleza. El capítulo tercero, sin embargo, se apresura a explicar que la persona humana, haciendo un mal uso de su libertad, aquel don preciado que la hace ser la única criatura a imagen y semejanza de su creador, ha perdido aquel paraíso. Es lo que con la tradición llamamos *pecado original*. Lejos del paraíso, la persona humana queda sometida a la inseguridad, a la incertidumbre, al desorden, al miedo; ahora el *otro* es aquel de quien hay que protegerse. Hay que velar, además, por asegurar la propia subsistencia, aunque sea a costa de la del otro. Y eso que era de todos –porque Dios lo había querido así–, lo que servía para dar vida a todos, ahora puedo decir que es mío, aunque el otro lo necesite para ser. En definitiva, el otro ya no es un hermano, sino un rival. Y se justifica el egoísmo descarnado.

Qué preciosa es la descripción con la reflexión que Juan Crisóstomo (*Homilía sobre la Primera carta a Timoteo*, 12,4) hace de esta situación predicándola. Veámosla:

Fíjate en la economía de Dios. Algunas cosas las ha hecho comunes a todos, para así infundir el respeto en el género humano; ha distribuido a todos por igual, como hermanos, el aire, el agua, el sol, la tierra, el cielo, el mar, la luz, las estrellas. A todos les ha dado los mismos ojos, el mismo cuerpo, la misma alma, una constitución similar en todo porque todo procede de la tierra, todos derivamos de un solo hombre, y nos ha puesto a todos en la misma casa. Pero todo esto puede que no nos conmueva. Ha hecho aún más cosas comunes a todos, como los sitios para el baño, las ciudades, las plazas, los paseos.

Y en todas estas cosas comunes no hay lucha alguna, todo está en paz. Pero tan pronto como alguien quiere coger algo y hacerlo suyo, entonces surge la discordia, como si la misma naturaleza protestara, porque mientras Dios nos ha recogido y reunido de todas partes, nosotros nos apresuramos a dividirnos y separarnos por la propiedad y por las frías palabras: «tu» y «mi». Y de ahí nacen las luchas y los disgustos. Donde esto no ocurre, no hay ninguna batalla ni ninguna discusión.

De todo esto se concluye que lo común nos conviene mucho más y es mucho más conforme a la naturaleza (que lo privado). ¿Por qué nunca nadie tiene la pretensión de poseer una plaza pública? ¿No es porque pertenece a todos? Vemos, en cambio, que todo el mundo pone pleitos por una casa o por las riquezas. Las cosas necesarias nos son comunes; por el contrario, en lo pequeño no respetamos la misma igualdad o comunión. Dios nos ha puesto en co-

mún estas cosas para que aprendamos a tener también en común estas otras. Pero no hay forma de que aprendamos la lección.

No. No era esta la situación la que Dios había querido en la creación, sino todo lo contrario. Dios había reservado el séptimo día, el sábado, para la persona humana, para contemplar la belleza y bondad de la creación, para disfrutar de la alegría de la hermandad, para reencontrarse con la mirada del creador y practicar el agradecimiento eterno al Dios que nos lo ha dado todo para administrarlo en beneficio de todos. El precepto de guardar el reposo del sábado retenía esto. Quería hacer que la persona humana, ella misma, fuera regulando el orden en el desorden de la vida, la justicia en el corazón de la injusticia, en el centro del mal que quiere reinar. Guardar el mandamiento –el reposo– del sábado puede ayudar a arreglar lo que la vida de los seis días de la semana ha estropeado. No tiene nada de raro que eso, que con el sábado Dios pedía para los días de la semana, pasara a ser el mandamiento del *año sabático* cuando se ha cumplido una semana de años. Todo hace referencia directa al *sábado* de la creación, de otro modo no se puede comprender.

Entonces se entiende el precepto del Levítico

El día diez del séptimo mes harás oír el son de la trompeta: el día de la expiación haréis resonar la trompeta por toda vuestra tierra. Declararéis santo el año cincuenta y promulgaréis por el país liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo: cada uno recobrará su propiedad y retornará a su familia. El año cincuenta será para vosotros año jubilar (Lv 25,9-11).

Es motivo de alegría; es el gran motivo de alegría, una alegría inmensa, y hay que celebrarlo: la humanidad ha vuelto a la situación del paraíso; ha arreglado las consecuencias del pecado y del mal en la vida y en la sociedad, y ha vuelto al mundo de hermanos que Dios había deseado. ¡Vaya! Si no lo consigue toda la humanidad, que al menos el pueblo de Israel, el pueblo elegido, el pueblo que ha experimentado que esta es la voluntad de Dios porque él mismo ha sido liberado de la esclavitud, que lo haga en su interior: «Tocad la trompeta en Sión» –dice el profeta Joel (2,1)–, «gritad en mi monte santo, se estremecen todos los habitantes del país, pues llega el Día del Señor». Ojalá la celebración de todo el año jubilar ayudara al pueblo a tomar consciencia de la situación de hermandad que debería vivir; y lo supiera mantener al volver a comenzar la vida normal después del jubileo. Si no, al cabo de cincuenta años, otro año jubilar volvería a ofrecer la oportunidad de que se hiciera.

El hecho es que nunca se había conseguido celebrar un año santo. ¡Claro! Los que deberían propiciarlo serían los ricos, los poderosos, la clase dirigente, porque son ellos quienes deben liberar a los demás, y deben compartir las riquezas y el poder; los otros del pueblo son los que deben ser liberados y esperan, con la máxima esperanza, el año santo que les debe volver a dar una oportunidad re-creadora. Nunca se había hecho. Los profetas lo seguían anunciando y amenazando, hasta que este clamor se convirtió en el clamor de Dios, haciendo aveniente que, como el pueblo no lo consigue, Dios mismo enviará a un Mesías salvador

que lo hará realidad. Así será la salvación. Cualquier salvación debe comenzar por esta liberación. El Señor Dios, había dicho Isaías en el texto que ha leído Jesús en la sinagoga de Nazaret, haría que el Espíritu del Señor reposara sobre alguien que «ungido por Dios» tendría esta misión de ser el Mesías que implantara el año santo. No es extraño que pensarán que ese supuesto Mesías no podría hacerlo sin fuerza y violencia. Imágenes como estas llenan las páginas evangélicas hasta hacer entrar al Mesías en Jerusalén, como aquel que viene en nombre del Señor.

Cuando Juan Bautista, desde la cárcel, envía mensajeros a Jesús para preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?», la respuesta de Jesús es esta: «Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y ¡bienaventurado el que no se escandalice de mí!» (Lc 7,20.22-23), Jesús podía haber dicho: ¿No ves que ha llegado el año santo? La salvación no viene por las estructuras sociales exteriores; la auténtica salvación viene de dentro, del corazón. Mejor dicho, de un corazón renovado por la acción de Dios mismo, del Espíritu de Dios que Jesús está transmitiendo. Y comienza un mundo nuevo: ¡el Reino de Dios!

Cuando en el día de Pentecostés (cincuenta otra vez; no es casualidad, ¿verdad?) es dado el Espíritu, ¡ha comenzado el *año santo* sin fin! Ya no hay que esperar otro año santo que nos vuelva a situar como a los ini-

cios, porque ahora ya estamos viviendo *siempre* en el año santo, bajo la condición de que nos dejemos llevar por el Espíritu que se nos ha entregado.

La comunidad que nace del Espíritu, es decir, la Iglesia, vive continuamente en el año santo, en el jubileo, en la nueva creación que ha comenzado. Su día ya no es el sábado de la creación antigua, sino el domingo de la resurrección. Y alrededor de la mesa de la Eucaristía revive la vida en el Espíritu y crea un nuevo paraíso, un jardín como el de los inicios creadores, pero ahora indestructible porque se juega en la comunión de los corazones de todos gracias al Espíritu. Así lo explican los Hechos de los Apóstoles (2,42-74):

Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

O, un poco más adelante (4,32-35):

El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado. Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas

las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba.

La primera Iglesia no proclamó ningún año santo: vivía siempre en el año santo, en la comunión en torno a la Eucaristía, la comunidad, el Espíritu de amor.

Tuvieron que pasar 1300 años para que la Iglesia considerara que debía convocar un año santo que la devolviera al año santo del cual nunca debería de salir. Si la celebración en la santidad de todo el año sirviera para darse cuenta de ello y, sobre todo, para hacerlo y vivirlo.

¡El año santo nos debe devolver a la Pascua!

PARA LA REFLEXIÓN Y EL TRABAJO EN GRUPO

- La celebración del Jubileo nos debe hacer reflexionar sobre cómo era la salvación que nos traía Jesús, cómo la vivió la primera comunidad cristiana. Y, en consecuencia, nos debe hacer volver a ella mediante acciones concretas. El camino, el peregrinaje, la puerta, la celebración del perdón, la Eucaristía... deben hacer que lo vivamos.
- El año santo nos invita a mirar atrás, hacia los orígenes creadores y los orígenes de la comunidad cristiana. Volvemos a leer los textos –antiguos y nuevos–, compartámoslos, debatámoslos, recémoslos. Pero no nos quedemos ahí.

- Mirar hacia atrás nos debe llevar a mirar el hoy, y nos debe permitir analizar nuestra sociedad y nuestra vida desde lo que debería ser y todavía no es.
- Leer los textos pasados y leer la realidad de hoy nos debe llenar de esperanza, de la verdadera esperanza de saber que el año santo es don de Dios, del Espíritu de Dios, «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2,4). Esta debe ser nuestra esperanza.
- Y la esperanza se alimenta y crece en la Eucaristía –nuestro *año santo* continuo– donde empleamos las palabras del Apocalipsis (22,20): «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!». Él ha venido, viene y vendrá; que nos haga el don de saber reconocerlo presente en la vida.

Joan Torra
rector del Ateneo Universitario Sant Pacià